

CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL DE EL SALVADOR

El Salvador, Solemnidad de Cristo Rey, 26 de noviembre del 2000

Con cuánta alegría he venido a estar con ustedes, queridos salvadoreños, para adorar y alabar a Jesucristo, Pan de vida, camino para la comunión y la solidaridad, a quien la Iglesia en El Salvador tributa en este Congreso Eucarístico un sentido homenaje de amor y devoción, al cumplirse dos mil años de la encarnación del Hijo de Dios, de Su venida a nosotros.

Doy gracias al Santo Padre Juan Pablo II por la designación que ha hecho en mi persona, como Enviado Especial, a este Congreso Eucarístico. Es para mí un privilegio compartir con ustedes estos días de celebración y esperanza. Sé que estoy en medio de un pueblo activo y emprendedor en el ámbito del trabajo y de la acción social y, además, profundamente religioso, que se muestra creativo, fiel y audaz en su adhesión a Cristo y a su Iglesia.

Los saludo a todos con afecto fraterno, queridos hermanos y hermanas. En primer lugar, al Sr. Arzobispo de San Salvador, Mons. Fernando Sáenz Lacalle, Presidente de la Conferencia Episcopal de El Salvador, a los demás obispos salvadoreños, así como al Sr. Nuncio Apostólico, a las autoridades de la nación, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y a todos los fieles cristianos de El Salvador que se han hecho presentes aquí en tan gran número para rendir honor a Jesús Sacramentado.

He seguido con atención desde hace años la historia azarosa, y en ocasiones dramática, del pueblo salvadoreño, que perdió tantos hijos e hijas en años de dolorosos enfrentamientos entre hermanos. He visto desfilar por mi país los heridos y mutilados de esa guerra y sé que hay también muchas heridas del alma que toman tiempo en sanar y que aún duelen. He visitado emocionado en la Catedral Metropolitana la tumba del Arzobispo Santo, que en el ofertorio de su Misa del hospitalito puso como ofrenda para aquella, su última Eucaristía, su propia sangre, su vida cercenada, y siento que Monseñor Romero, sacerdote para siempre, participa de modo muy especial de este homenaje de su pueblo salvadoreño a Jesucristo nuestro Salvador, vivo y presente en el sacramento de la Eucaristía, como si concluyera con nosotros desde el cielo aquella última misa suya que no pudo terminar de celebrar.

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, es el marco radiante de esta gran celebración de la Eucaristía, ciertamente la acción más hermosa y vibrante de este Congreso Eucarístico. En ella los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas de El Salvador se unen al pueblo fiel a quien sirven para rendir a Cristo, Rey del Universo, presente en el sacramento del altar, el devoto homenaje de su amor y depositar en Él toda su esperanza.

Esta evocación de Cristo como Rey de todo lo creado nos hace levantar la mirada del corazón hacia el cielo, hacia ese trono de gloria donde el profeta Daniel descubre, en el claroscuro de una visión maravillosa, aquella especie de hombre que avanza entre nubes y a quien un anciano venerable le confía poder, honor y reino. En la visión, el profeta contempla que todos los pueblos, naciones y culturas sirven a aquel soberano y declara que ese poder no será transitorio, sino que durará para siempre. Su reino no acabará.

Realmente, a la luz de la venida de Jesucristo, mucho nos dice la profecía de Daniel, pero el profeta no podía descubrir, tantos años antes del nacimiento de Jesús, que aquel a quien él contemplaba en su visión no era una «especie» de hombre, sino un hombre verdadero, y no pudo tampoco saber que a ese hombre se le dio todo poder y reino porque es, además, verdadero Dios, el Hijo Eterno del Padre, el Salvador.

Algunos años después de la muerte y resurrección del Señor, un discípulo suyo, también en una visión extraordinaria, ve venir a un hombre de entre las nubes, pero sabe bien quién es, es Jesucristo, el Príncipe de los reyes de la tierra. En la visión del Apocalipsis de San Juan que nos presenta

también hoy la lectura del Nuevo Testamento, se da a Jesucristo toda gloria y poder para siempre. Y se explica por qué: Jesucristo es el Testigo fiel. Testigo es el que sabe cómo son las cosas por haber estado en un lugar, por haber visto y oído, y Jesús ha estado con nosotros, conoce nuestros sufrimientos, nuestros anhelos, es más, para acercarse plenamente a nuestra realidad, dice San Pablo que Jesús «se despojó de su rango, pasando por uno de tantos», se hizo en todo como nosotros, menos en el pecado.

Él conoce qué es nacer y vivir en la pobreza, sabe lo que es sentir el peso de los poderes de este mundo, sabe también lo que es morir y morir condenado injustamente a una muerte cruel. Y en medio de este mundo nuestro que Él conoció tan bien, Jesús se nos muestra, con el testimonio de su vida, como «*aquel que no vino a ser servido sino a servir*». Los reinos de este mundo se proyectan con una voluntad de dominio. El reino de Cristo solo puede tener una voluntad de servicio, ante todo, de servicio a la verdad de quién es Dios y de lo que es el hombre, de su dignidad intrínseca recibida del Creador, que lo llama a ser su hijo. Este servidor de la verdad, este Testigo fiel, declara a favor nuestro ante el Padre en su gloria. Porque, en su servicio a la verdad de Dios y del hombre, Jesús nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre y nos ha convertido a todos en un reino que tiene como ley suprema el amor a Dios y a nuestro prójimo, un reino en el que cada uno de nosotros, seguidores suyos, debemos ser también testigos de Jesús por la entrega de nuestras vidas al servicio de nuestros hermanos. Esa es la solidaridad cristiana, que nace de una profunda comunión con el Señor y con los hermanos.

A esa solidaridad nos invita este Congreso Eucarístico, porque la entrega y el servicio a nuestro prójimo se alimentan en la mesa donde el Señor nos da su cuerpo y su sangre y lava nuestros pies polvorientos del camino de la vida. Nosotros somos los seguidores de ese Rey que se anonadó y vino a servir, lleno de misericordia, a los hombres. Ese es el único reinado verdadero donde no imperan las ansias de poder, el despotismo, la ambición o el desprecio del pobre. A ese Rey de amor, de reconciliación, de perdón, seguimos nosotros y ese es el reino que Él quería plantar en este mundo.

La respuesta de Jesús a Pilato, donde afirma que su reino no es de este mundo, no quiere decir que su Reino es del cielo y no tiene nada que ver con la tierra, con los problemas de la humanidad, con las angustias y esperanzas de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Su Reino no es de este mundo porque en él no se actúa como en los reinos de este mundo, porque no se impone, porque no arranca a los hombres su libertad, porque no pretende la dominación por la fuerza, sino la comunión y la solidaridad entre todos por el amor; es un Reino de los cielos pero que hay que plantar aquí en la tierra.

De este Reino no entendía nada Poncio Pilato, ni entienden hoy de él muchos que observan a los discípulos de Cristo y a la Iglesia desde centros de interés político y económico. Suena hueca la pregunta cínica que Pilato hace a Jesús: «*¿eres tú el Rey de los judíos?*». Todo en Pilato parece inconsistente, porque él representa el poder corroído por temores e intereses mezquinos. Todo en Jesús, en cambio, tiene la fuerza de la Verdad que Él proclama en sus palabras y encarna en su persona: «*Si mi Reino fuera de este mundo, mis guardias habrían luchado por mí... pero mi Reino no es de aquí*». No es Reino de guardias y guerras el de Jesús, es Reino de concertación de voluntades, de olvido de sí para buscar incondicionalmente el bien de todos. A la insistencia superficial y escéptica de Pilato que le vuelve a preguntar: *¿Conque tú eres Rey?*, Jesús responde que sí que lo es, pero como testigo de la verdad.

Jesús es el Testigo Fiel de la suprema verdad. Con toda su persona y la bondad que Él irradia está diciendo a los hombres de su tiempo y de todos los tiempos que el Dios de cielo y tierra nos ama infinitamente. «*Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo*». Jesús fue enviado por el Padre para decir con su vida entregada que Dios es amor, que Dios nos ama. Y el momento culminante en que se expresa ese amor es la ofrenda por nosotros de su vida en la Cruz. La Cruz no es el acontecimiento dramático que se interpuso en el camino de Jesús, llevándolo al fracaso, sino la hora de gloria de un Rey, que, coronado de espinas, es testigo de ese amor hasta el extremo que Dios tiene a los hombres. En la Encíclica donde el Papa Juan Pablo II nos habla sobre el esplendor de la

Verdad, nos dice que «para un creyente en Cristo la verdad suprema es Cristo crucificado». Es a ese Cristo exaltado en la Cruz y glorificado en la resurrección a quien nosotros adoramos en la Santa Eucaristía como Rey, pero Rey del amor, de la justicia, de la paz, testigo de la única verdad que llena el corazón del hombre.

Jesús quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía como reina en su gloria junto al Padre: con las huellas palpables de la Cruz en sus manos y pies, con su costado abierto por la lanza del soldado. De este modo se presentó a sus discípulos después de la resurrección. Así permanece ante el Padre, diciéndole siempre: mira lo que me costó llevarles a ellos la Verdad de tu amor. Dice osadamente un gran teólogo contemporáneo: Jesús resucitado y glorioso, con las huellas de sus llagas, de pie frente a las puertas del infierno, dice: *«aquí no entra nadie»*.

En la Santa Eucaristía, el mismo Cristo de la gloria, eternizado en su entrega de amor, está con nosotros, nos congrega, se ofrece por nosotros y nos alimenta con su cuerpo y con su sangre. Para esto Jesús, justamente la noche antes de padecer, habiendo deseado con ansias compartir aquella cena con sus discípulos, puesto a la mesa con ellos, tomó pan, lo partió y se lo dio diciendo: *«esto es mi cuerpo entregado por vosotros»*. Tomó después el cáliz lleno de vino y se lo dio a beber diciendo: *«este es el cáliz de mi sangre... derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados...»*.

Jesús entregaba a sus apóstoles su cuerpo y su sangre, todo su ser de Hijo de Dios en el supremo acto de ofrendar su vida por nosotros al Padre. Y manda a sus apóstoles que hagan esto en conmemoración suya, de modo que en todo tiempo y en cualquier lugar de la tierra los hombres y mujeres que acepten el anuncio del Reino de Dios y pongan su fe en Cristo, puedan ofrecer con él a Dios Padre el único culto perfecto de alabanza, el que reconcilia y salva, el que hace nuevas todas las cosas.

El Santo Padre Juan Pablo II, al proclamar este Año Santo Jubilar, expresó su deseo de que el año 2000 del nacimiento de Jesucristo fuera un año eucarístico. Nada puede celebrar mejor que la Eucaristía la encarnación del Hijo de Dios. En toda celebración de la Cena del Señor el sacerdote, en nombre de la Iglesia, invoca sobre las ofrendas de Pan y de Vino el Espíritu Santo y, como en el momento de la concepción virginal de Jesús, el Espíritu Santo cubrió a María con su sombra y en ella el Hijo eterno de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, así en cada Eucaristía, por la acción del mismo Espíritu y las palabras de Jesús también el Hijo de Dios se hace presente entre nosotros.

El Espíritu Santo hace fecundo el seno de la Virgen.

El Espíritu Santo hace del Pan y del Vino una realidad nueva: son ahora el cuerpo y la sangre de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas de El Salvador: al celebrar ustedes este Congreso Eucarístico por deseo expreso de sus obispos, según el querer del Santo Padre para este Año Jubilar, están pidiendo en la oración y proponiéndose en sus propias personas, para sus familias y para su nación, que el Espíritu de Dios transforme la realidad de sus vidas en el comienzo de este nuevo siglo y milenio. Están apostando con Cristo Eucaristía a que se hagan nuevas todas las cosas: que la pobreza, y los sufrimientos que ella trae a grandes mayorías, sea vencida por la justicia y la responsabilidad amorosa de todos.

Que la tolerancia y la fría convivencia se transformen en verdadera comunión.

Que los intereses de individuos y de grupos cedan su sitio a la solidaridad.

Que el amor sane las heridas.

Que todos tengamos el valor y la fuerza de perdonar para que sea menos difícil la reconciliación.

De la Eucaristía celebrada en este día de gracia, de la Santa Misa de cada domingo, de la comunión dominical y, si es posible, más frecuente y aun diaria de muchos católicos, debe salir esa tropa de choque armada de fe, amor y esperanza que haga nuevas todas las cosas en cada uno de ustedes, en sus familias y en esta querida nación centroamericana que honra a Jesucristo, el Salvador, cada vez que se menciona su nombre, y que tiene, ciertamente, una vocación particular de hacer viva y actual la Salvación que Jesús nos alcanzó.

Esta gran celebración debe abrirse al futuro como un canto de esperanza. Tomemos para ello las palabras de San Pablo en su Carta a los Romanos y hagámoslas nuestras:

«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros, acaso Aquel que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros?... ¿quién nos condenará, Cristo Jesús, el que murió, o, mejor dicho, el que resucitó y está a la derecha de Dios, el mismo que intercede a favor nuestro?, ¿quién podrá separarnos de ese amor de Cristo?, ¿dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada?... Estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.»

Con esta fe y esta confianza celebramos ahora y en cualquier otra ocasión la Santa Eucaristía. De la Eucaristía, que es presencia de Cristo, brota con fuerza esa seguridad nuestra.

Que las palabras del apóstol se conviertan para todos nosotros, para todos ustedes, queridos salvadoreños, en esta celebración conclusiva del Congreso Eucarístico Nacional, en una proclamación de fe y esperanza en Cristo Salvador.

La Virgen de la Paz, en cuyo seno el Hijo eterno de Dios se hizo carne para estar con nosotros, les conceda a todos los Salvadoreños un profundo amor a Jesucristo, Pan de Vida, camino para la comunión y la solidaridad. Ese será el modo más cierto de afianzar la Paz en su nación y crecer en esperanza. Que así sea.